

Reverenter absolvit.

Nadie ha inventado la historia

Fernando Jesús Bouza Álvarez

*Diframos que se equivoca una cosa amarilla
porque posee el color amarillo? El optimismo de
Leibnitz es tan irracional como la amarillez del
azufre.*

Fernando Vela
El arte al cubo, 1927

Aunque decían reverenciársela en todo, los artistas del Renacimiento negaron la sacrosanta Antigüedad que debería haberlos guiado en un punto tan crucial como el de su propia imagen intelectual, abandonando a Mercurio por Saturno como divinidad protectora. La cusa última de la abjuración de pintores y escultores parece haber nacido de la necesidad, generalmente sentida, de superar el estatus de artesano, que su adscripción al dios del comercio no hacía más que reafirmar, para convertirse en artistas auténticos, integrándose así en el grupo de los hombres de letras, quienes disfrutaban de un prestigio social mayor merced a la consideración de creadores nacidos bajo el signo de Saturno.¹ Transformados en cortesanos y hombres de genio, favorecidos por el favor de los príncipes y por la *mania* platónica, pintores y escultores se figuraron capacitados para alcanzar el mundo de las ideas y crear; sin embargo, a cambio de esa ansiada genialidad, deberían soportar las consecuencias de la *melancolla* aristotélica, que iban de la prodigalidad a la locura y del crimen a la soledad.²

Ésta es la causa de que, en especial, desde Giorgio Vasari, la crítica artística recoja en las vidas de los grandes artistas episodios y relaciones personales que resultan desaforados si los comparamos con la imagen medieval del pintor y del escultor artesanos. Sorprendente es, por tanto, que en un grupo definido con tan gruesos trazos de irrepetible genialidad encontremos un caso como el de Palma el Joven, un pintor a quien, desde

antiguo, se le consideró un ejemplo de humildad en un hervidero de peregrinos creadores geniales.³

Ayudante del ennoblecido Tiziano —un buen ejemplo de la nueva dignidad que llevaba aparejada el genio—, Giacomo Palma fue el encargado de terminar algunas de las obras que habían quedado inconclusas en el taller de su maestro, la más importante de las cuales, sin duda, era la gran *Pietà dei Frari* que hoy puede admirarse en la Galería de la Academia de Venecia.⁴ Palma concluyó lo iniciado por Tiziano y añadió al cuadro la breve inscripción a la que está ligada su fama:

«QVOD TITIANUS INCHOATVM RELIQVIT/
PALMA REVERENTER ABSOLVIT/
DEOQ. DICAUIT»

Reverenter absolvit. Esta «umile iscrizione»⁵ mediante la cual quería proclamar públicamente que concluía con reverencia lo que otro había iniciado fue lo que le valió a nuestro pintor «essere caratterizzato col titolo di gran Maestro».⁶ Así es como, raro entre los raros, la obra del artista veneciano quedó como la figuración del trabajo del discípulo en un mundo que pugnaba por ganarse la genialidad de la invención. Pasaron, así, los pintores de artesanos a artistas, perdiendo oficio para conseguir talento.

Las fuentes clásicas cierran aquí el edificante relato, pero, como todas las fábulas de crecimiento o de transformación, ésta del «buen discípulo» queda libre para ser nuevamente animada con sólo cambiar los escenarios y adjudicar otros nombres a los antiguos figurantes. Hablemos de historiadores, de aquéllos que desearon transformar su arte en una ciencia y de la forma en que, contra su radicalismo de *nuevos* inventores, la recuperación de la disciplina y del oficio ha terminado por convertirse en una de las características más distintivas del pensamiento de nuestros días.

Hacer historia parece, hoy por hoy, un ejercicio de construcción intelectual que se justifica por sí mismo y, ciertamente, uno de los rasgos dignos de ser destacados en el panorama general del pensamiento de las últimas décadas es el hecho de que ya no haya quien reclame para sí el título de filósofo de la historia.⁷ Por el contrario, incluso aquéllos que abiertamente reflexionan sobre el devenir como hecho humano parecen haber desechado cualquier intención de dotar a sus explicaciones siquiera de un atisbo de totalidad integradora. Celebrada, así, la muerte del en otro tiempo prestigioso y clásico género, privada de filosofía la Historia, algunos han anunciado el nacimiento de lo posthistórico, mientras que otros llegado a proclamar su fin o su disolución.⁸

Y bien, la historia se disuelve, pero ¿en qué? o, mejor dicho, ¿de qué historia proclamamos el fin?. Celebramos el fin de la soberbia historia de las esencias del hombre y lo hacemos con la misma satisfacción con que Nietzsche se complació en anunciar la crisis de la Filosofía y el nacimiento de su filosofía de las filosofías. La historia se disuelve en historias y, del mismo modo que, «si reuniésemos todas las filosofías posibles, no

resultaría un caos, en que unas teorías anulan a otras, sino una integridad»,⁹ reunidas todas las historias no encontraremos la Verdad, pero sí hallaremos a los historiadores, cuya concepción del pasado habrá que reconocer también como un producto. La sincronía ha vencido a la diacronía, estableciéndose un nuevo diálogo entre el presente que *construye* al historiador y el pasado que a su vez *construye* éste. Sin duda, Michel Foucault, cuya huella está tan presente en estos planteamientos, se sentiría satisfecho por esta magna tarea de des-absolutización epistemológica.¹⁰

Lo hasta aquí dicho explica por qué la actual reflexión sobre la historia se puede considerar una forma de pensamiento de raigambre historiográfica, tanto en lo que este término significa de consideración de las posibilidades abiertas en el campo de la epistemología propia, en especial de los cambios de técnicas de investigación, como en lo que la historiografía tiene de conciencia de las transformaciones que en dichas formas de conocimiento se han ido sucediendo a lo largo del tiempo. Por decirlo de otro modo, el historiador se piensa ahora menos exégeta de lo humano como categoría y se sabe más miembro de una disciplina.

Si se considera en su conjunto, se podrá afirmar que el debate histórico de los últimos años se ha visto animado por llamamientos que normalmente se remiten a una u otra de las dos dimensiones que acabamos de destacar en lo historiográfico y valdría decir que reflexiona sobre la historia como sucesión de paradigmas, es decir como serie de combinaciones variantes de valores, principios y técnicas en torno a las cuales la comunidad de historiadores muestra su consenso.¹¹

Uno de esos valores distintivos que se une a técnicas e intereses rectores para terminar cristalizando en cada uno de los sucesivos «paradigmas historiográficos» es el de la imagen que el historiador tiene de sí mismo, de su oficio, de su arte o de su ciencia. Un paradigma cambiante que, en el fondo, es reflejo de la función que la sociedad ha ido dando a cumplir al historiador en cada momento, aunque, aparentemente, haya sido construido por el propio historiador para expresarse a sí mismo.

Veamos brevemente cómo ha evolucionado su imagen desde el Renacimiento al positivismo cuantitativista. Una evolución que es bien conocida, pero cuya exposición nos parece indispensable si queremos entender en sus justos términos por qué el cansancio del cientifismo ha llevado a la recuperación de la disciplina y a la recuperación de anteriores formas historiográficas.

Como se sabe, el Renacimiento de los humanistas consideró que la historia era una de las cinco materias que formaban parte de los *studia humanitatis* y que, en su seno, hacía cuerpo común con la gramática, la poética, la filosofía moral y la oratoria. El humanista era, por tanto, el rétor que había sido instruido en estos cinco saberes, así como el que los ejercitaba profesionalmente, por lo general al servicio de un príncipe o de una ciudad para los que trabajaba como biógrafo o como cronista, al mismo tiempo que era secretario, canciller, compositor de oraciones latinas, etc.¹² Al ser éste su origen, se entenderá bien que los historiadores de la plena Edad Moderna fueran realmente los «artesanos de la gloria» de los

poderosos,¹³ sin que esto, por otra parte, representase óbice alguno a que el historiador, como profesional humanista que era y frente a los grupos de letrados, supiera arropar autopomposa y genialmente su oficio de todo el prestigio de la Antigüedad.

Lo que se le exigía al historiador, entonces, era que hiciera hablar a los antiguos en beneficio de los que entonces eran sus patronos, personajes que, a su vez, buscaban robustecer su propio predicamiento con el beneficio de la *autoridad* que se desprendía de la Antigüedad. Por el contrario, en la Europa liberal decimonónica lo que se pedía a los historiadores —y estos respondían sinceramente convencidos a esta petición— era que fueran una suerte de augures de la comunidad obligados a decir a las naciones cuál era la particular tradición que debían seguir en la construcción de un Estado, asegurándoles, con el refrendo de una pretendida lógica histórica, que las vías de hecho elegidas a este efecto eran las correctas.

Esta asombrosa seguridad con que se daba sentido a la labor de historiar le venía a la sociedad burguesa del optimismo naturalista del siglo XVIII y, por lo tanto, se fundamentaba en el convencimiento de que el fin último de los hombres era el progreso y que éste se conseguiría inevitablemente. Contando con esta base ilustrada, puede el historiador del XIX abandonar, al menos aparentemente, la condición de profesional áulico y transformar su oficio en, digamos, un conocimiento mayor, un arte, en el sentido de que fija una lógica —la del progreso/reacción y de la ruptura/anticipación— y genera una filosofía, esencialmente historicista.

Algunos avances en esta dirección habían sido logrados ya en el siglo anterior con la reflexión sobre la necesidad de elevar una Historia General en el marco de las universidades alemanas¹⁴ y otros se darán o con la creación de la historia dramática de un Mignet,¹⁵ pero sólo con Humboldt y, sobre todo, con Leopold von Ranke la historia alcanza la dignidad intelectual de ser uno de los saberes superiores.¹⁶ Aunque, hoy en día, el método rankeano haya llegado a ser considerado un ejercicio más parecido a la taxidermia que a ninguna otra actividad humana,¹⁷ sería injusto no reconocer que el historicismo representó la mayoría de edad del historiador. Pese a los numerosos vicios que es posible detectar en sus prácticas, desde el servilismo academicista frente a los designios del Estado, el nuevo patrón de los antiguos humanistas, al uso actualista e intempestivo de conceptos contemporáneos (fruto de su lógica del progreso), lo cierto es que el XIX labró un nuevo paradigma historiográfico en el que se fijaron una serie de convenciones que permitieron avanzar enormemente el oficio de historiar.

La epistemología decimonónica clásica se basaba en la conjunción de dos grandes premisas básicas: la universalidad y el carácter sectorial del conocimiento.¹⁸ Por una parte, se suponía que era posible llegar a lo abstracto a partir del análisis descriptivo de lo particular; por otra, que el conocimiento se ordenaba en sectores diferenciados que no eran otra cosa que el reflejo de la similar división que existía en la realidad, cuyas consideraciones coyunturales eran tenidas por esenciales y trasladadas íntegramente al pasado, de forma que si el liberalismo suponía, por

ejemplo, que había que diferenciar entre lo público y lo privado, entre Estado y sociedad civil, debería hacerse, también por separado, una historia social que se ocupara de lo privado y una historia política que debía encargarse del poder. A su vez, el pensamiento universalista se dividió en dos grandes corrientes a tenor de los límites que se quisieran encontrar a la descripción. Para algunos, vinculados, por lo general, al mundo anglosajón, era posible elevar leyes inducidas a partir de dicho análisis descriptivo de lo empírico, para otros, en mayor medida ligados a la tradición alemana, esta operación no tenía sentido y la descripción universalista de los hechos concluía en sí misma —*wie es eigentlich gewesen ist*—. El segundo principio, el de la sectorialización, se debe poner entre las primeras causas del nacimiento de las más importantes y clásicas disciplinas sociales que cristalizaron en el pasado siglo: la historia política, la geografía, la antropología, la economía, las ciencias políticas y la sociología.

Cada uno de estos estudios era entendido, al ser formas sectoriales, como conocimiento autónomo y distinto, aunque paralelo a los otros. Esta primitiva separación de los saberes sociales se vio reforzada por la aplicación del principio universalista sobre la sectorialización, haciendo que o bien se propusieran leyes para cada conocimiento en exclusiva o bien, renunciando a la inducción de leyes, se produjera una hiperespecialización descriptiva en cada una de estas ramas o sectores de investigación. Por tanto, el campo de la historia quedaba limitado por el de las otras disciplinas sociales y, en él, los historiadores podían dedicarse a buscar grandes leyes, válidas en cualquier tiempo y en cualquier lugar, o a describir hasta el detalle la realidad del pasado.¹⁹

Partiendo de estas bases, se comprenderá bien cómo resolvió el historicismo los tres grandes problemas que, llegada la madurez artístico-filosófica de la historia, él mismo fue el primero en plantear: la renuncia o la entrega a la teorización; la posibilidad de hallar un modo de compaginar las teorías y los modelos con los sucesos o los individuos; y el establecimiento de relaciones entre la historia y los otros conocimientos.

El progreso era su teoría; la realidad de los sucesos y la acción de los personajes, su exclusiva y verdadera materia; su campo de estudio, la historia política. Por decirlo con otras palabras, el trabajo del historiador era el estudio universal de las monarquías *nacionales* que habían avanzado en la construcción del *Estado* venciendo la oposición retrógrada de grupos particularistas hasta hacer que toda la autoridad acabara por concentrarse en una instancia única racionalizada y secular. Es decir, su «sector» era exclusivamente el ámbito de lo político según esta categoría era entendida en el siglo XIX: el nacimiento del Nuevo Régimen y la lógica de la Nación y del Estado. La Modernización estaba en la esencia del hombre, ciudadano liberal.

El historiador se había convertido, así, en el «lógico» de la comunidad, a la que interpelada en términos nacionales, y del poder, que era descrito como Estado. Pese al rigor de su análisis, el historicismo no forja científicos, porque la objetividad de su metodología es tan sólo epidérmica, pues, al estar basada en la filosofía optimista del progreso, acaba por ser algo así

como un silogismo en el que conocida —y, lo que es más, bienvenida— la conclusión se pidiese que alguien dedujese las que habían sido sus premisas y su desarrollo.

Con sus sofismas tautológicos llena el historicismo el siglo XIX y, por contraposición, podría decirse que también buena parte del pensamiento historiográfico del XX. Esto es así especialmente desde finales de la Primera Guerra Mundial, momento en que la renovación del pensamiento histórico perfila muchos de sus rasgos diferenciales por oposición a la gran tradición imperante hasta entonces.

Con este cuadro de referencia antihistoricista, se puede comprender en sus justos términos el por qué de muchas de las características que definen la escuela de *Annales* desde sus tiempos fundacionales. A la luz de esta oposición es como deben considerarse cuestiones que son tan importantes para comprender *Annales* como las que por qué se prima en ella una explicación global que cuente con bases económicas y sociales contra la exclusividad de lo político que había definido a los investigadores de la prestigiosa y rankeana *Revue Historique*; por qué se responde a lo *événementielle* con una noción como la *longue durée*; por qué se trabaja con ciclos cuantitativos y no con relaciones cronológicas; por qué se va de la dimensión individual a la colectiva; por qué, en resumen, se busca una *histoire structurelle* y se repudia la *histoire historisante*.²⁰ Además, como es bien sabido, el globalismo de Fernand Braudel, por su parte —Tilly supuso que su última obra era ya casi «poesía»²¹— hizo que en *Annales* se rompieran las divisiones sectoriales y convirtió a la historia en la disciplina imperial, haciéndola científica porque era capaz de reunir el cientifismo de todos los demás saberes sociales.²²

De esta imperiosa manera se resolvía la cuestión de la relación de la historia con los, digamos, otros «sectores», algo que también intentaron hacer los *new historians* del positivismo cuantitativo o social cientifismo.²³ Aquí el historiador se piensa científico porque debe ser capaz de hacer predicciones sociales susceptibles de ser utilizadas por los administradores; no se piense que su actitud es el renacimiento de la lógica historicista porque ésta conoce los resultados y busca las que deberían haber sido sus premisas y en el caso de los cuantitativistas lo que se pretende hacer es algo bien distinto a esto: analizar las condiciones para terminar por predecir el resultado final al que conducirán. Además imagina que su investigación es ciencia porque sus métodos están tomados de saberes experimentales, de forma que el objetivo de su análisis será inducir leyes o, en el peor de los casos, mostrar líneas de regularidad que hicieran fehacientes sus conclusiones. Por lo tanto, historiar sería volcarse en obtener proposiciones objetivas, mensurables, valorativas, en resumen, merecedoras de la convalidación científica y la síntesis de las antiguas hipótesis tradicionales y de las impresiones subjetivistas. Nunca ha estado la historia tan cerca de creer que la Verdad es una.

En este momento, la evolución del historiador parecía haber llegado a su última meta; aquí se cerraba el ciclo abierto por aquellos profesionales que habían hincapié en su tradición clásica y que, de la epidermis a la médula de

su análisis, habían concluido por querer ser científicos. Más tarde, lo que ha sucedido como reacción a las incertidumbres provocadas por la historia socialcientífica es de sobra conocido en sus rasgos generales y no es necesario que entremos en su descripción en la ocasión presente, aunque sí convendrá decir que la narrativa es tan sólo una de las formas que han ocupado el campo abandonado por el cuantitativismo positivo.²⁴

Proponer la microhistoria y acercarse al pasado a través de la técnica narrativa es seguir buscando una respuesta a las grandes cuestiones planteadas por el historicismo, pero siendo conscientes de que se está entablando un diálogo con el pasado en que el historiador no descubre nada, sólo lo construye al narrarlo. De todos los otros saberes *prima*, como es sabido, a la antropología cultural y simbólica, pretendiendo ver la historia, como hacen los antropólogos, desde el individuo para recrear desde su punto de vista, que es el lugar del espectador o del personaje, el entramado general de la sociedad en que vive.²⁵

Pero también es posible proponer perspectivas macrohistóricas sin caer en las presunciones socialcientíficas. Hallamos, entre ellas, al Tilly que recupera el horizonte de la modernización²⁶ o al Wallerstein que se refugia de tanta ciencia en el análisis riguroso del marxismo,²⁷ aunque, de todas las experiencias macrohistóricas del panorama actual la más apreciable es la *Neue Sozialgeschichte* alemana, nacida a finales de la década de 1960 y que desde 1975 cuenta con un oficioso órgano de difusión en la revista *Geschichte und Gesellschaft*.²⁸

Ésta es una «nueva historia social» que se enfrenta a su objeto de análisis desde una perspectiva «macro», pues pretende nada menos que estudiar «toda» la sociedad en sus interrelaciones económicas, culturales y políticas; es decir, en la «totalidad» del proceso histórico. Pero, su ambición globalizante no pretende hacer una nueva historia imperialista a lo Braudel, se contenta con pedir la construcción de algo parecido a la «historia de las sociedades» que reclamaba E.J. Hobsbawm²⁹ y para lograrlo no duda en recurrir a todos aquellos modelos y teorías de que sea posible servirse.

En este sentido, su postura es de una clara mediación historiográfica, es decir, utilizan un bagaje conceptual que es el resultado final de la adaptación a sus necesidades de postulados metodológicos de origen muy diverso. Por ejemplo, las tradiciones que nacen de Max Weber y de Karl Marx pueden llegar a ser conciliadas en su práctica, tomando del weberianismo la elaboración teórico-metodológica y empírica y aceptando del marxismo, valga un ejemplo, las nociones de coyuntura económica y los ciclos de Kondratiev.³⁰

La historia que propugna esta corriente historiográfica puede decirse que es la explicación de las estructuras constitutivas de una sociedad en un tiempo determinado y con productos en que se concilian la singularidad de los hechos y la uniformidad de las tendencias generales. Por lo tanto, ni únicamente política ni individualizada en grandes o pequeños personajes; ni volcada en un evolucionismo lineal, pues respeta la especificidad de cada tiempo histórico, ni reducida a la escala microscópica de lo narrativo; ni

rígida en su metodología ni entregada al dictado de alguna otra ciencia social. Ciertamente, en el programa de la *Neue Sozialgeschichte* se concentran un buen número de las más felices respuestas que se hayan dado a los problemas de la historiografía de nuestro siglo.

Como se ha podido observar tanto micro como macrohistoria dejan a los historiadores en la situación de mediación metodológica que habíamos mencionado como característica de la actual situación historiográfica. De esta forma, el investigador elige las técnicas que aplica; así, la narrativa, por ejemplo, imita la descripción compacta de la escuela antropológica de Clifford Geertz y utiliza todos los medios disponibles según cada caso para recrear la *actor's view*; y los macrohistoriadores alemanes, como ya se ha visto, pueden inclinarse tanto por los modelos ideales como por la noción de coyuntura.

Aunque se haya abandonado la tentación científica, persiste, pese a todo, la necesidad de analizar la causalidad en el tiempo; para satisfacer esta necesidad, el conocimiento de las distintas técnicas es la primera vía por la que se han reconsiderado el oficio y lo disciplinar. La segunda, como ya se anunció, ha sido la de la recuperación historiográfica.

Valgan dos ejemplos de ello. La noción de cultura que sustenta la historia narrativa deriva del weberianismo, quizá no directamente, pero sí a través de los antropólogos simbólicos, los hermanos mayores de los narradores, y del propio Clifford Geertz, quien gusta de utilizar en sus estudios nociones tan weberianas como el *carisma*.³¹ La relación es muy estrecha porque, para el sociólogo de Erfurt, cultura era la trama de significados en que vivía el hombre y que él mismo había creado, por lo tanto, para su estudio no se precisaba una ciencia experimental que buscara leyes, sino un saber interpretativo que le diese significado.³²

También para la *Neue Sozialgeschichte* la recuperación de anteriores postulados historiográficos ha sido fundamental, en su caso porque la escuela alemana tuvo que enfrentarse con los últimos epígonos que perpetuaban el historicismo hasta años después de 1945 y, a causa de esto, se ha interesado por aquellas propuestas que en el período de entreguerras o en la inmediata postguerra significaron un rechazo del historicismo y de sus continuadores. De todos sus antecedentes (Conze, Hintze, Schieder³³), el que parece más significativo es Otto Brunner y su propuesta de *Verfassungsgeschichte*, un término difícil de traducir, pero que podría equivaler a la historia constitutiva,³⁴ y, también, de definir. Veamos cómo lo ha hecho Pierangelo Schiera:

Verfassung... come costituzione in senso materiale, fondata sull' articolazione reale e non solo istituzionale delle forze politiche e sociali, in contrapposizione al concetto ideologico, storico, di costituzione formale, in quanto costituzione scritta, rigida, ispirata a valori cristallizzati, quali la divisione dei poteri e i diritti individuali di stampo liberali.³⁵

Esta Historia Constitutiva de Otto Brunner es un modelo de historia social nacido para acercarse a las sociedades de la Europa anterior al triunfo

del Estado liberal y de su *Konstitution*, un mundo al que no se podían aplicar las categorías decimonónicas y en el que los individuos se organizaban en unas determinadas estructuras (geográficas, económicas, culturales, religiosas, de poder, etc...) susceptibles de ser estudiadas una a una, pero cuya unión nos ofrece una historia global. Como se puede ver, es enorme la deuda de gratitud de la *Neue Sozialgeschichte* con el historiador austriaco.

Weber, Hintze, Brunner..., no parece casual que todos hayan dirigido su introspección precisamente sobre historiadores que se caracterizaron por su oposición al historicismo o a sus epígonos en el período de entreguerras. Con la obra de Max Weber, por ejemplo, saltan por los aires las divisiones sectoriales³⁶ y con la de Otto Brunner no hay punto de retorno en la crítica a la proyección de categorías contemporáneas sobre el mundo medieval o de la alta edad moderna.³⁷

Se puede detectar aquí el interés por la historiografía de entreguerras y que también es observable, por ejemplo, en la atención que ahora se presta a E.M.W. Tillyard y a A.O. Lovejoy entre los historiadores de la literatura³⁸ o a Walter Benjamin, Aby Warburg o Wilhelm Worringer por los historiadores del arte.³⁹ En historia, resulta especialmente atractiva la labor historiográfica desarrollada en Alemania, como tan patentemente se muestra en los últimos años en el predicamento alcanzado por Norbert Elias⁴⁰ o por Ernst H. Kantorowicz, del que más tarde nos ocuparemos. La razón de esta simpatía provocada por el antihistoricismo centroeuropeo de entreguerras hay que buscarla en la crítica a la modernidad como valor que entonces se hizo y que llevaba aparejado el abandono de la racional idea de un progreso caracterizado por las nociones de evolución lineal y desarrollo continuo.⁴¹ Si, como ha mostrado Paul Forman, este proceso de desapego de la racionalidad lineal llegó a afectar a un colectivo aparentemente imperturbable como el de los físicos de la Alemania de Weimar —y de tal modo que provocó la renuncia al principio de causalidad tradicional que se halla detrás de la formulación de la teoría cuántica⁴²— se puede entender que los efectos de esta crisis fueran considerables entre los historiadores, puesto que durante un siglo habían utilizado la idea de modernización lineal y progresiva como una de sus más firmes bases conceptuales para entender el pasado como forma abierta hacia el futuro.

No quiere decir esto que se estuviera aboliendo la causalidad, sí que ésta ya no se entendía, digamos, *more* Galileo y, en los casos cuánticos más avanzados, ni siquiera *more* Einstein. Así, en la obra del físico danés Niels Bohr, la noción de complementariedad reduce la realidad a una construcción en la que lo «fundamental es entender que los experimentos y las observaciones no se refieren a objetos, sino a fenómenos, y que un fenómeno es un *todo* que constituye una unidad de información: la única que de hecho podemos comunicar sin ambigüedad».⁴³

La realidad no existe como tal, sino que se construye; no es la suma de las propiedades objetivas de las partes, sino el producto de los fenómenos que la constituyen y de los que el investigador obtiene *visiones* que sólo puede atribuir a una *situación*, pero no a una esencia. No existe la propiedad

puede atribuir a una *situación*, pero no a una esencia. No existe la propiedad conmutativa en estos productos interactivos; $A \times B$ nunca será lo mismo que $B \times A$. Cambiando lo que haya que cambiar y respetando el peso de la herencia alemana, no es difícil ver en la noción de *Verfassung* cierta similitud con esta realidad construida partiendo de la interacción irreplicable de los fenómenos.

Otro buen ejemplo del desapego por lo causal, en la limitada manera en que lo entendía el historicismo, se encuentra en su interés por los símbolos. A este respecto, escribe Johan Huizinga que las representaciones simbólicas le parecían una especie de cortocircuitos causales en que «toda asociación fundada en una semejanza cualquiera puede transformarse inmediatamente en la conciencia de una conexión esencial».⁴⁴ Lo que hacía atractivas estas asociaciones simbólicas era que se producían de una manera instantánea, es decir, no existía una mediación temporal que permitiera hablar de que hay una causa y un efecto; se había suprimido la causa historicista, basada en la progresión temporal, y el sustituto que se encontraba era la simultaneidad en la realización. ¿Quién podría esperar mayor coincidencia entre narración y narrador?

Insatisfechos por el pensamiento genérico de los historicistas, muchos intelectuales europeos se refugiaron en lo simbólico y en lo mítico como formas antihistoricistas. En este contexto, Karl Giehlow escribió sobre la figura jeroglífica de Maximiliano I;⁴⁵ Walter Benjamin dio importancia capital a la alegoría en su análisis de *trauerspiels*;⁴⁶ Huizinga creó el simbolismo realista del *Otoño de la Edad Media*;⁴⁷ E. H. Kantorowicz mantuvo una polémica con Albert Brackmann sobre la *mytenschau* (mirada mística) y la *mytischer Schau* (mirada sobre los mitos) a propósito de la aparición de su *Kaiser Friedrich der Zweite*.⁴⁸

Atendamos al caso de este último autor, cuyos estudios de teología-política —valiente transgresión para un historicista— despertan una atención que puede considerarse paradigmática de la situación actual de nuestra historiografía.⁴⁹ Como se sabe, Kantorowicz escribió su biografía de Federico II en el marco del *Georgekreis*, el círculo selecto de intelectuales que era la corte del poeta Stefan George, quien, no se ha de olvidar, era discípulo de Nietzsche.⁵⁰ Es fácil comprender el éxito alcanzado por la aparición, en 1929, de su exaltado estudio sobre el «héroe» de la *Geheime Deutschland*, así como las resonancias nacionalsocialistas que indudablemente tuvo su obra llena de pathos nacional, ecos que parece acallar el obligado exilio que hubo de tomar hacia Inglaterra y los Estados Unidos este profesor de origen judío.⁵¹

A nuestro entender, el interés por Kantorowicz —del *Federico II* y, en su estela, de los *Laudes Regiae*, algunos de cuyos capítulos aún están escritos en Alemania, y de su obra final sobre *Los dos cuerpos del rey*— se basa, en primer lugar, en su asombrosa capacidad para utilizar y sacar partido de todo tipo de fuentes y de técnicas, algunas de las cuales requieren enorme especialización. Pero este conocimiento no se alimenta de sí mismo ni se

reduce a la mera erudición, sino que, por el contrario, es una exigencia de la pretensión antisectorial que caracteriza a su autor.

En términos generales, Kantorowicz estudia el poder a través de su imagen, de la ficción por medio de la cual se personaliza o se encarna, y para semejante objetivo los cauces sectoriales decimonónicos le son muy estrechos. Por ejemplo, en el prefacio a sus *Laudes Regiae* ataca que la división contemporánea de lo sagrado y lo profano se quiera retrotraer a la Alta Edad Media haciendo que la liturgia de las aclamaciones reales sea el objeto exclusivo de estudio de teólogos o de historiadores de la Iglesia y no de historiadores del poder, es decir, de historiadores de lo político.⁵² Una actitud antihistoricista que hubiera sido del agrado, por ejemplo, del historiador del arte Aby Warburg empeñado en ordenar su biblioteca por problemas y no meramente por disciplinas.⁵³

Crítico de los historicistas, pero también objeto de las críticas de éstos, en 1929, Albert Brackmann, un medievalista de la escuela de F. Meinecke, publicó en el *Historische Zeitschrift* un ataque durísimo contra Kantorowicz acusándole de poca seriedad y tachando su *Federico II* de ejemplo de *mytenschau*, mirada mítica y ahistórica sobre el pasado. Kantorowicz respondió en términos que hoy nos parecen muy actuales: «defending — escribe su discípulo R.E. Giesey — the «Mytical View» smartly as a thirteenth-century creation which he only sought to recapture, and for wick a creative imagination was surely less to be feared than the *réalisme destructeur* of the devotees of «pure fact»». ⁵⁴ Si dejamos a un lado las exageraciones que debió provocar vivir en la exaltación de la Alemania posterior a Versalles, es fácil reconocer el porqué de la actualidad de la *Mythischer Schau*, esa forma de mirar a los mitos de un período con algo parecido a su propia mirada.

Con la suma de aportaciones como las que aquí recogemos, el antihistoricismo de entreguerras subvertió los esquemas historicistas; si el universalismo había supuesto que el pasado y el presente eran parte de un continuo —con la modernización como *leit motiv*—, se levantaban sectores en el pasado que se constituirían como tiempos históricos que vivían en su propia interacción sincrónica; si el sectorialismo obligaba a que el historiador se circunscribiese a los límites del campo y de las técnicas de su propio conocimiento, se pasaban por alto todas las barreras sectoriales, pudiéndose recurrir universalmente a todas las metodologías.

Si volvemos, de nuevo, a la historiografía de nuestros días, podemos ver como Narrativa y Nueva Historia Social se acercan a estos planteamientos, puesto que ambas reconocen la necesidad de estudiar cada momento con criterios particulares—recreando su propia mirada, reconstruyendo sus estructuras constitutivas— y que, para ello, se muestran dispuestos a utilizar nuevas, viejas, propias o ajenas técnicas. Oficio y disciplina.

Felizmente liberados de la soberbia misión de tener que hacer Historia de la evolución del hombre presente, pasado y futuro, tanto los unos como los otros historian. Ya no hay que descubrir el pasado. Nadie ha inventado la historia. *Reverenter absolvit.*

NOTAS

- 1 Vid. Rudolf y Margot Wittkower, *Nacidos bajo Saturno. Genio y temperamento de los artistas desde la Antigüedad hasta la Revolución Francesa*, Cátedra, Madrid 1982.
- 2 De los cuatro humores hipocráticos, la abundancia de atrabilis o de bilis negra estaba asociada al temperamento melancólico, que, según Aristóteles, tenían «todos los hombres extraordinarios que destacan en filosofía, la política, la poesía y las artes». Sin embargo, su condición egregia podía ocasionar «depresión, epilepsia, parálisis, apatía y lo que actualmente llamamos estado de ansiedad». En el Renacimiento, Marsilio Ficino mezcló la teoría humoral hipocrática y aristotélica con la tradición platónica de que los escritores y otros hombres de letras estaban tocados por la genialidad divina (*manía*) y con la adscripción de cada tipo humoral a un planeta, haciendo, en su *De vita triplici*, que quedaran bajo el patrocinio de Saturno los melancólicos y los genios, es decir los hombres de letras (R. y M. Wittkower, *op. cit.*, pág. 104). Cfr. Erwin Panofsky y Fritz Saxl, *Querers «Melencía I». Eine quellen-und typengeschichtliche Untersuchung*, Studien der Bibliothek Earburg, Leipzig-Berlin 1923; y Ernst Kris y Otto Kurtz, *la leyenda del artista*, Cátedra, Madrid 1982.
- 3 Sobre este artista, vid. Stefania Mason Rinaldi, *Palma il Giovane*, Electa, Milano 1984.
- 4 Vid. H. A. Wethey, *The paintings of Titian. Complete edition. I. The religious paintings*, London 1969.
- 5 C. Rifoldi, *Le meraviglie dell' arte*, I, Venezia, 1648, 206.
- 6 Marco Boschini, *Le ricche minere della pittura veneziana*, Venecia 1674, d6.
- 7 Cfr. Paul Veyne, *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, Alianza Universidad, Madrid 1984, pp. 30-31.
- 8 Vid. Gianni Vattimo, *El fin de la modernidad. Nihilismo y hermenéutica de la cultura postmoderna*, Gedisa, Barcelona 1987; y M. Nacci, «Quelli che vengono dopo gli ultimi. La fine della storia: moderno e postmoderno» en *I viaggi di Erodoto*, I, Milano 1987, pp. 126-140.
- 9 Utilizamos las palabras de Fernando Vela en «Sobre el problema de la filosofía» *apud El arte al cubo*, Madrid 1929, pág. 70.
- 10 Sobre la influencia de Foucault, véanse H. L. Dreyfus y P. Rabinow, *Michel Foucault. Beyond structuralism and hermeneutics*, Chicago 1981; P. Major Poetzl, *Michel Foucault's archaeology of Western Europe. Towards a new science of history*, Chapel Hill 1983; A. Megill, *Prophets of extremity. Nietzsche, Heidegger, Foucault, Derrida*, Berkeley-Los Angeles 1985; y Mark Poster, «The future according to Foucault: The Archaeology Knowledge and intellectual history» *apud Dominick LaCapra y Steven L. Kaplan (eds.), Modern European intellectual History. Reapparitions and new perspectives*, Cornell University Press, Ithaca-London 1982, pp. 137-152. Para el impacto en la historiografía reciente de la obra

de Hans-Georg Gadamer y de Jacques Derrida —autores que deben unirse a Foucault, con el telón de fondo de Nietzsche y Heidegger—, véase Dominick LaCapra, «Rethinking intellectual history and reading texts» *apud Modern European intellectual...*, pp. 47-85.

- 11 Sobre el concepto de «disciplina», véase Stephen Toulmin, *Human understanding. The collective use and evolution of concepts*, University Press, Princeton 1972. La noción de sucesión de paradigmas está tomada de T. S. Kuhn (*La estructura de las revoluciones científicas*, F.C.E., México 1979), directamente y a través de la aplicación a la historiografía que de este concepto ha hecho Gene Wise —las *explanations forms*— en *American historical explanations. A strategy for grounded inquiry*, Minneapolis 1980.
- 12 Sobre la consideración profesional del humanista, *vid.* Paul Oskar Kristeller, *Renaissance Concepts of Man and others essays*, Harper, New York 1972. *Cfr.* E. Cochrane, *Historians and historiography in the Italian Renaissance*, Chicago 1981.
- 13 Orest Ranum, *Artisans of glory*, Chapel Hill 1980.
- 14 *Vid.* P. H. Reill, *The German enlightenment and the rise of historicism*, Berkeley-Los Angeles 1975.
- 15 Yvonne Knibiehler, *Naissance des sciences humaines. Mignet et l'Histoire philosophique au XIX siècle*, Paris 1973.
- 16 *Vid.* G. P. Gooch, *Historia e historiadores en el siglo XIX*, México 1977; G. C. Iggers, *The German conception of History. The national tradition of historical thought from Herder to the present*, Middletown 1983; Leonard Krieger, *Ranke: the meaning of history*, Chicago-London 1977; G. C. Iggers y K von Moltke (eds.) *The theory and practice of History: Leopold von Ranke*, New York 1973.
- 17 *Vid.* Stephen Bann, *The clothing of Clio. A study of the representation of history in nineteenth-century Britain and France*, Cambridge University Press, 1984.
- 18 Seguimos en este punto a Immanuel Wallerstein, «Braudel, le «Annales» e la storiografia contemporanea» en *Studi Storici* (Roma) XXI, I (1980) pp. 5-17.
- 19 De aquí provienen los llamados por Emmanuel Le Roy Ladurie «paracaidistas» y «buscadores de trufas». Como escribe Lawrence Stone: «Los primeros hurgan en torno a sí con las narices metidas en la tierra, a la búsqueda de algún prolijo y preciado hecho; en tanto que los segundos descienden en medio de las nubes, inspeccionando el panorama de toda la campiña, pero desde una altura tan elevada que no alcanzan a percibir con claridad nada en detalle» («La historia y las ciencias sociales en el siglo XX» *apud El pasado y el presente*, F.C.E., México 1986, pp. 15-60; y N. Gallerano, «Cercatori di tartufi contro paracadutisti: tendenze recenti della storia sociale americana» en *Pasato e Presente* (Firenze) IV (1983) pp. 181-196.
- 20 *Vid.* Lucien Febvre, «Sobre una forma de hacer historia que no es la nuestra: la historia historizante» en *Combates por la historia*, Barcelona 1970; u L. Allegra, *La nascita della storia sociale in Francia. Dalla Comune alle Annales*, Torino 1977;

- Ch. O. Carbonell y G. Livet (eds.), *Au berceau des Annales. Le milieu strasbourgeois. L'histoire en France au début du XXe siècle*, Toulouse 1983; B. Arcangeli y M. Platania (eds.), *Metodo storico e scienze sociali. La «Revue de synthèse historique» (1900-1930)*, Roma 1981; G. Huppert, «Storia e scienze sociali: Bloch, Febvre e le prime 'Annales'» apud G. De Luna (ed.), *Gli strumenti della ricerca. 2. Questioni di metodo*, Firenze 1983, pp. 734-450; T. Stoianovich, *French historical method: the Annales paradigm*, Ithaca-London 1976.
- ²¹ Charles Tilly, «Veccio e nuovo nella storia sociale» en *Pasato e Presente* (Firenze) I (1982) pp. 31-54; «quando si torna sempre allo stesso punto, si comincia a sospettare di girare in un círculo chiuso. Suppongo che questo sia il prezzo da pagare se si viaggia insieme a un poeta». Cfr. Hans Kellner, «Disorderly conduct: Braudel's Mediterranean satire» en *History and Theory*, 18 (1979), pp. 197-222; «no once can deny that Braudel has expended a great deal of art and energy to create a linguistic solution for a linguistic problem», pág. 222.
- ²² Vid. I. Wallerstein, «Braudel, le «Annales»...»; Gustavo Corni, «La mappa delle storie» en *I viaggi di Erodoto* (Milano) I 1 (1987) pp. 24-35; Samuel Kinser, «Annaliste paradigm? The geohistorical structuralism of Fernand Braudel» en *The American Historical Review* (Washington) 86, 1 (1981) pp. 63-105; y Thierry Paquot (ed.), *Lire Braudel*, La Découverte, Paris 1988.
- ²³ Sobre esta corriente historiográfica y sus diferentes ramificaciones en *new political history*, *new social history*, *new urban history* y, la más conocida de todo el movimiento, la *new economic history*, véanse los trabajos ya citados de N. Gallerano, Ch. Tilly y L. Stone; Así como S. P. Hays, «A systematic social history» apud G. Billias y G. Grob (eds.), *American History. Retrospect and prospect*, New York 1971, pp. 315-366; D. Landes y CH. Tilly, *History as social science*, Englewoods Cliffs (N. J.) 1971; L. Benson, *Towards the scientific study of History. Selected essays*, Philadelphia 1972; R. L. Andreado (ed.), *The New Economic History*, New York 1970; R. W. Fogel, «The limits of quantitative methods in History» en *The American Historical Review* (Washington) 80, 2 (1975) pp. 329-350; F. Gilbert y S. R. Graubard (eds.), *Historical studies today*, New York 1972; Peter Temin (ed.), *New Economic History. Selected Readings*, Harmonswoth 1973; M. y C. W. Sherif (eds.), *Interdisciplinary relationship in the social sciences*, Chicago 1969; y G. F. Delzell (ed.), *The future of History*, Nashville 1977.
- ²⁴ Vid. los conocidos artículos de Lawrence Stone en *El pasado y el presente*, F.C.E., México 1986; así como E. J. Hobsbawm, «The revival of narrative: some comments» en *Past and Present* (Oxford) 86 (1980) pp. 3-8; y P. Abrams, «History, sociology, historical sociology» en *Past and Present* (Oxford) 87 (1980) pp. 3-26. Merece la pena confrontar toda la polémica —y al mismo Stone— con Lawrence Stone, «Resisting the new» en *The New York Review of Books*, 17-12-1987, pp. 59-62.
- ²⁵ Jorge Lozano, *El discurso histórico*, Alianza Universidad, Madrid 1987; Hayden White, *Tropics of discourse. Essays in cultural criticism*, Baltimore 1978; y F. R. Ankermit, *Narrative logic. A semantic analysis of the historian's language*, The Hague 1983.

- ²⁶ Charles Tilly (ed.), *The formation of national states in Western Europe*, Princeton 1975.
- ²⁷ De 1974 es el primer volumen de *The modern world-system. Capitalism agriculture and the origins of the European world-economy in the Sixteenth century*, New York.
- ²⁸ La bibliografía crítica sobre la Nueva Historia Social alemana es mucho menos abundante que la que se podría citar sobre los microhistoriadores y, mayoritariamente, se ha producido en Italia, país donde bien se podría situar el mejor observatorio historiográfico de la actualidad. De una parte disponemos de una edición italiana que reúne textos dispersos de H. V. Wehler y J. Kocka, que se podrían denominar programáticos o, al menos, teóricos: *Sulla scienza della storia. Storiografia e scienze sociali*, Bari 1983; de otra, algunos artículos se han ocupado de la escuela de Gotinga-Bielefeld, así, Giuseppe Cacciatore, «Neue Sozialgeschichte e teoria della storia» en (Roma) 25 (1984) pp. 1-19; y, por partida doble, Gustavo Corni, «La Neue Sozialgeschichte nel recente dibattito storiografico tedesco» en *Annali dell' Istituto Storico Italo-Germanico in Trento* (Trento-Bologna) III (1977) pp. 513-539; y «Geschichte und Gesellschaft» en *Pasato e Presente* (Firenze) II (1982) pp. 169-182; Juergen Kocka, «Theory and social history. Recent developments in West Germany» en *Social Research* 47 (1980) pp. 426-457; menos elogiosos son los términos en que G. Eley juzga a esta escuela en «Memories of under-development: social history in Germany» en *Social History*, 2 (1977) pp. 785-791.
- ²⁹ E. J. Hobsbawm, «From social history to the history of society» en *Daedalus*. Journal of the American Academy of Arts and Sciences (Boston) Invierno (1971) pp. 20-45.
- ³⁰ En los trabajos citados *supra*, nota 28, G. Cacciatore ha destacado esta labor mediadora entre Marx y Weber que parece responder especialmente a la elaboración teórica de J. Kocka, de quien se cita un trabajo, ya con veinte años, dedicado a las relaciones entre la estructura del marxismo y el tipo ideal weberiano: «Karl Marx und Max Weber. Ein methodologischer Vergleich» en *Zeitschrift fuer die Gesamte Staatswissenschaft*, 1966, pp. 328-375. Incluso historiadores de la relevancia de un Hobsbawm se han hecho eco de esta iniciativa mediadora del grupo de Bielefeld y, por su parte, han reconocido la influencia creciente que en los últimos veinte años ha ganado el sociólogo alemán («Marx e la conoscenza storica» en *Studii Storici* (Roma) XXIV, 3-4- (1983) pp. 335-346.
- ³¹ Clifford Geertz, «Centers, kings and charisma. Reflections on the symbolics of power» *apud* J. Ben-Ami y T. N. Clark (eds.), *Culture and its creators. Essays in honor of Edward Shils*, Chicago 1977, pp. 150-171.
- ³² *Vid.* Clifford Geertz, *The interpretations of culture*, Basic Books, New York 1973 (hay una traducción al castellano en Gedisa de Méjico); y R. C. Walters, «Signs of the times: Clifford Gaertz and historians» en *Social Research*, 47 (1980) pp. 537-556; así como F. R. Ankermit, *Narrative Logic...*; y L. O. Mink, «Narrative form as a cognitive instrument» *apud* *The writing of history. Literary form and historical understanding*. Madison 1978, pp. 130-149.
- ³³ *Vid.* H. S. Hughes, *Consciousness and society. The reorientation of European social thought, 1890-1930*, New York 1961; M. Covensky, *Otto Hintze and historicism*.

A study in transformation of German historical thought, Diss (Michigan) 1954; Dietrich Gerhard, «Otto Hintze: his work and his significance in historiography» en *Central European History* (Atlanta) III, 1-2 (1970) pp. 17-48; Pierangelo Schiera, *Otto Hintze*, Napoli 1974. Sin duda, Hintze merece una revisión historiográfica de amplia dimensión; algunos de sus textos más importantes pueden verse traducidos en *Stato e Società*, Bologna 1980.

- ³⁴ Lo traducimos como Historia Constitutiva y no como Historia Constitucional para evitar confusiones. Cfr. Giuliana Nobili Schiera, «A proposito della traduzione recente di un' opera di Otto Brunner» en *Annali dell' Istituto Storico Italo-Germanico in Trento* (Trento-Bologna) IX (1983) pp. 391-410. En este artículo Giuliana Schiera explica los pasos seguidos para encontrar traducción adecuada a los difíciles términos del alemán, entre los cuales se encuentra el de «Verfassung»; la autora se inclina por usar la definición que al término dio Karl Schmitt — «Gesamtzustand der politischen Einheit und Ordnung»— y traducirlo por constitución, que «già nel XVI secolo aveva il senso di «ordenamento politico complessivo» como significado metafórico derivado per analogia dalla fisiologia» (pág. 393). Otros traductores de Brunner, o sus editores en lengua no alemana, han sentido también la necesidad de hacer explicaciones terminológicas previas a la lectura de sus textos; véase, por ejemplo, la introducción que hace Ovidio Capitani en *Storia sociale dell' Europa nel Medioevo*, Bologna, Il Mulino, 1980, pp. 7-28. Por otra parte, debe consultarse E. W. Boeckenoerde, *La storiografia costituzionale tedesca nel secolo decimono. Problematica e modelli dell' epoca*, Milano 1970, y tenerse en cuenta esta obra cuando más tarde se hable de la tradición de historia constitucional alemana.
- ³⁵ Pierangelo Schiera, «Introduzione» a Otto Brunner, *Per una nuova storia costituzionale e sociale*, Editrice Vita e Pensiero, Milano 1970, pp. xi-xxiv; la cita, pág. xiv.
- ³⁶ Vid. Pietro Rossi (ed.), *Max Weber e l'Analisi del mondo moderno*, Einaudi, Torino 1981; A. Mitzman, *The iron cage. An historical interpretation of Max Weber*, New Brunswick-Oxford, 1987.
- ³⁷ Vid. Otto Brunner, *Terra e potere. Strutture pre-satutali e pre-moderne nella storia costituzionale dell' Austria medievale*, Giuffè, Milano 1983 [*Land und Herrschaft. Grundfragen der territorialen Verfassungsgeschichte Suedostdeutschlands im Mittelalter*, Wien 1939]. Sobre sus ideas historiográficas puede verse el mismo Brunner, «La storia come materia e le sentenze storiche» en *Annali dell' Istituto Storico Italo-Germanico in Trento* (Trento-Bologna) 1 (1975) pp. 187-205; y, en la citada traducción de su *Land und Herrschaft*, la, la «Introduzione» de Pierangelo Schiera (pp. vii-xxxvii); así como Gerhard Destreich, «Le origini della storia sociale in Germania» en *Annali dell' Istituto Storico Italo-Germanico in Trento* (Trento-Bologna) 2 (1976) pp. 259-336; Hermann Kellenbenz, *Probleme einer Deutschen Sozialgeschichte der Neuren Zeit*, Nuernberg 1961.
- ³⁸ Vid. Jean E. Howard, «The new historicism in Renaissance studies» *apud* Arthur F. Kinney y Dan S. Collins, *Renaissance Historicism. Selection from English Literary Renaissance*, Amherst, University of Massachusetts Press 1987, pp. 3-33.
- ³⁹ Vid. Michael Podro, *The critical historians of art*, Yale University Press, New Haven-London 1982; Michael Ann Holly, *Panofsky and the foundations of art*

- historym* Cornell University Press, Ithaca-London 1984; *On the methodology of Architectural History*, Architectural Design, London, 51, 6/7, 1981; y Lea Ritter Santini, «Il piacere delle affinità» apud Ernst Robert Curtius, *Letteratura della letteratura*, Il Mulino, Bologna 1984, pp. 7-76. Destaca, especialmente, el interés sobre Benjamin, a quien algunos consideran un antecedente de Foucault, *vid.* Terry Eagleton, *Walter Benjamin. Towards a revolutionary criticism*, London 1981.
- ⁴⁰ Cfr. E. Grendi, «Norbert Elias: storiografia e teoria sociale» en *Quaderni Storici* (Ancora) XVII, 2 (1982) pp. 728-739.
- ⁴¹ *Vid.* Stephen Kern, *The culture of time and space. 1880-1918*, Harvard University Press, Cambridge 1983.
- ⁴² Paul Forman, *Cultura en Weimar. Causalidad y teoría cuántica, 1918-1927. Adaptación de los físicos y matemáticos a un ambiente hostil*, Alianza Universidad, Madrid 1984. Una útil presentación del problema del conocimiento en la teoría cuántica, en Sven Ortoli y Jean Pierre Pharabod, *Le cantique des quantiques. Le monde existe-t-il?*, La Découverte, Paris 1984.
- ⁴³ *Vid.* Niels Bohr, *La teoría atómica y la descripción de la naturaleza. Cuatro ensayos precedidos de una introducción*, Alianza Universidad, Madrid 1988. La cita está tomada del «Prólogo» de Miguel Ferrero Melgar, pág. 34.
- ⁴⁴ Johan Huizinga, *El otoño de la Edad Media. Estudios sobre la forma de la vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Países Bajos*, Alianza Universidad, Madrid 1984, pág. 289.
- ⁴⁵ Karl Giehlow, *Die Hieroglyphenkunde des Humanismus in der Allegorie der Renaissance besonders der Ehrenpforte Kaisers Maximilian I*, Jahrbuch des Kunsthistorischen Sammlungen des Allerhöchsten Kaiserhauses, Wien-Leipzig 1915.
- ⁴⁶ Walter Benjamin, *Il dramma barocco tedesco*, Einaudi, Torino 1971 [*Ursprung des Deutschen Trauerspiels*, Berlin 1928]
- ⁴⁷ *Ut supra* nota 44.
- ⁴⁸ Berlin 1927; en 1931 se publicaron las notas en un segundo volumen (*Kaiser Friedrich der Zweite. Ergänzungsband*). Las piezas de la polémica han sido recogidas en G. Wolf, *Stupor Mundi: Zur Geschichte Friedrichs II von Hohenstaufen*, Darmstadt 1966. *Vid infra*.
- ⁴⁹ *Vid.* A. R. Evans (ed.), *On four modern humanists: Hofmannsthal-Gundolf-Curtius-Kantorowicz*, Princeton 1970, pp. 146-219. La huella de Kantorowicz en la historiografía sobre el poder moderno no coercitivo es evidentísima, en especial dentro de esa corriente de estudios que podríamos llamar historia de las ficciones políticas o constitucionales; como no podemos dedicarle la atención que merece esta *historia ficta* del poder, nos limitaremos a remitir a Ralph E. Giessey, «The king imagined» apud Keith M. Baker (ed.), *The French revolution and the creation of modern political culture. I. The political culture of the old regime*, Pergamon Press, Oxford 1987, pp. 41-59, xxx.

- ⁵⁰ Sobre Kantorowicz en el Círculo de George, vid. V. Gruenewald, *Ernst Kantorowicz und Stefan George. Beiträge zur Biographie des historikers bis zum Jahre 1938 und zu seinem Jugendwerk Kaiser Friedrich der Zweite*, Steiner Verlag, Wiesbaden 1982; y Karl Loewith, *La mia vita in Germania prima e dopo il 1933*, Il Saggiatore, Milano 1988, pág. 43. Sobre la figura del poeta Stefan George, vid. Peter Gay, *La cultura en Weimar. La inclusión de lo excluido*, Argos-Vergara, Barcelona 1984.
- ⁵¹ La actuación de E.H. Kantorowicz durante la República de Weimar y la ascensión del Nacionalsocialismo ha sido tratada, de forma más o menos condenatoria, por David Abulafia, «Kantorowicz and Frederick II», en *History* (London) 62 (1977) pp. 192-210; y, exculpándole de toda culpa, por Ralph E. Giesey en «Ernst H. Kantorowicz, Scholarly triumphs and academic travails in Weimar Germany and the United States» en *Leo Baeck Institute. Year Book XXX. From Weimar to Hitler*, London 1985, pp. 191-202. Por otra parte, el caso del autor de *Los dos cuerpos del rey* nada tiene que ver con la trayectoria de otros historiadores del período que hoy están de gran actualidad, como es el caso, ante todo, de Schmitt; sobre este último, véanse George Schwab, *Carl Schmitt. La sfida dell' eccezione*, Laterza, Roma-Bari 1986; y J. W. Bendersky, *Carl Schmitt. Theorist for the Reich*, University Press, Princeton 1983.
- ⁵² E. H. Kantorowicz, *Laudes Regiae. A study in liturgical acclamations and mediaeval ruler workshop*, Berkeley-Los Angeles, «Preface» vii-xi.
- ⁵³ Vid. E. H. Gombrich, *Aby Warburg: An intellectual Biography*, London 1970; y *Tributes. Interpreters of our cultural tradition*, Ithaca 1984.
- ⁵⁴ Ralph E. Giesey, «Ernst H. Kantorowicz. Scholarly triumphs...», pág. 194.

FERNANDO JESÚS BOUZA ÁLVAREZ
 Departamento de Historia Moderna
 Universidad Complutense

Resumen: El autor propone un recorrido interesante a través del tiempo con el fin de invitar a la reflexión sobre el papel de la Historia. Partiendo del Renacimiento y tras analizar la teoría de la Historia en los siglos subsiguientes remarcando la conexión entre los diversos planteamientos teóricos y las realidades sociopolíticas en que fermentaron, nos acerca hasta el conocimiento de las últimas corrientes de actualidad en el seno de la Ciencia Histórica.

Summary: The author propose an interesting look over the time with the purpose to invite to the reflection about the role of the History. Starting from the Renaissance and analysing after the theory of the History in the following centuries, projecting here the connection between the different theories and the sociopolitical realities where they fermented, Bouza approach to us until the knowledge of the last ways in the present time inside the Historical Science.